

har mi propósito, haria una breve reseña de la primera colonia que tienen los ingleses en la costa Poniente del Africa Central. Pero me contentaré con decir que Sierra Leona, á pesar de lo insalubre y mortífero de su clima, encierra una poblacion de 20,000 habitantes. Lo mas notable de aquel establecimiento colonial es el tribunal misto de justicia para juzgar á los buques que se dedican al tráfico de negros, y un hospital destinado á recibir los negros libertados de la esclavitud. A lo menos así lo quiere dar á entender la inscripción que tiene sobre la puerta, y dice así:

*Royal
Hospital aut Asylum
For Africans
Remed fronz Slavery
By British Valour aud Philantrop.
Erected A. D. MDCCCXVII.
His Excellenci Lient.^{te} Col.^s Mac. Carthy. Gor.*

berse apropiado ellos para sí esclusivamente, y que tan poco brilla en realidad en el fondo de sus acciones.

La Timmania, el Kouranko y la Soulimana, cuyos naturales son los mas cultos de esta parte de la Nigricia, se estienden entre Sierra Leona y la costa llamada de los Granos ó de Malagueta, nombre que le viene de una especie que en ella se recoge, que se denomina *emanagueta*. Entre los estados independientes que encierra esta última costa, el reino de Sanguino fué en otro tiempo uno de los mas importantes. Se halla situado en la misma ribera, y sus habitantes son mas aseados que los demas negros. Las habitaciones del rey y de los sugetos principales están construidas á lo largo. Se ven algunas de dos pisos con una bóveda de cañas ó de hojas de palmera, tan bien enlazadas, que las hacen impenetrable al sol y á la lluvia. El espacio está dividido en muchos aposentos, y la primera pieza que sirve de sala á la audiencia y en donde, ademas,



Barca naufragando en la costa de Guinea.—Pág. 285.

»Pero no es fácil conciliar el contenido de este rótulo con el destino que generalmente se da á los esclavos que se dicen libertados. Porque la mayor parte sirven para cubrir las bajas de los batallones: otros son destinados como obreros forzados á la Jamaica, y los que mejor partido sacan, reciben la condicion de esclavos en el mismo Sierra Leona, aunque bajo el nombre de sirvientes ó criados.»

Y es que en esta, como en otras muchas cosas, los ingleses ocultan su ambicion y su codicia bajo la máscara de la filantropia, de esa virtud que parece ha-

se come, está rodeada de una especie de sofá de tierra de dos metros de anchura, cubierto de finas esteras, hechas de junco ó de hojas de palmera, y teñidas con hermosos y duraderos colores.

Este es el lugar donde los grandes y los ricos pasan la mayor parte del tiempo, medio acostados y con la cabeza sobre las rodillas de sus mugeres. En esta posicion comen, fuman y beben vino de palmera.

El lenguaje varia un poco á medida que se avanza por la costa, y el idioma, como puede imaginarse, no está formado sino de un pequeño número de pala-

bras, que espresan las primeras necesidades de la vida.

Las casas del pais son las mejor construidas de la costa. En el centro de cada pueblo se ve una especie de teatro, cubierto como una plaza de mercado, que se eleva hasta dos metros, y al cual se sube por escaleras laterales. Este es el *bantang* de los mandingas; pero aqui le llaman *kaldés*, lugar de conversacion. En él se juntan los comerciantes para tratar sus negocios, los holgazanes para fumar y los curiosos para saber noticias. Los ricos hacen á sus esclavos que les lleven esteras para sentarse, otros las conducen ellos mismos, y otros, por último, las alquilan.

El imperio dominante de toda esta porcion del Africa es el de los achantis, que fué fundado hace poco mas de un siglo por Saï-Toutou, en el cual edificó á Coumasia, ciudad bastante grande, situada en un valle profundo y fresco, y que encierra cerca de 13,000 habitantes.

Los achantis son pueblos guerreros y bravos, han venido muchas veces á las manos con los ingleses, y los han vencido y obligado á replegarse á sus establecimientos de la Costa de Oro. El gran Babsan y otros muchos pequeños reinos situados en la costa son tributarios de los achantis. Todas las ciudades de este imperio hacen un gran comercio de oro, que dan las ricas minas de Ouarsa y Dankara, reinos igualmente tributarios.

El Dahomey, aunque en escala descendente en este último siglo, es aun uno de los mayores estados de la Nigricia. Abomey es su capital, y Judah y Grand-Popo sus ciudades mas importantes.

Todos los europeos que van á Judah convienen en que es uno de los paises mas deliciosos del universo. Los árboles tienen en él un grandor y una belleza admirables. La verdura de los campos muy bien cultivados, que no están divididos sino en bosques ó senderos agradables, y la multitud de pueblecitos que se ofrecen á la vista en este espacio forman la perspectiva mas encantadora que puede imaginarse. No hay montañas ni colinas que corten la vista, pues todo el pais va elevándose dulcemente hasta 30 ó 40 millas de la costa, lo mismo que un ancho y magnífico anfiteatro, desde el cual se dirigen los ojos hasta el mar. Este pais presenta una cosa agradable, y es una mezcla de árboles pequeños y grandes, que son plátanos, higueras, naranjos, etc., á través de los cuales se descubren los techos de una porcion de pueblecitos, cuyas casas, cubiertas de paja y coronadas de cañas, forman un paisage bellissimo.

Los negros con sus canoas son los que desembarcan á los europeos con sus mercancías, á causa de la barra que es bastante peligrosa. Esta barra, general en toda la costa de Guinea, es mas ó menos espuesta segun la construccion de los barcos, y la naturaleza del viento que en ella reine. Por esta parte se oye el efecto producido por tres olas, que vienen sucesivamente á estrellarse en la costa, y de las cuales la última es siempre la mas peligrosa, porque forma una especie de arco muy alto y de un gran diámetro para cubrir completamente una barca, llenarla de agua y sepultarla antes que pueda llegar á la ribera. La destreza de los remeros consiste en saltar prontamente en el agua y en sostener la canoa por ambos lados para impedir que se pase por ojo, operacion que la conduce rápidamente á tierra, con tanta seguridad para los pasajeros como para las mercancías.

Los habitantes de este pais son generalmente de alta estatura, bien hechos y robustos. Su color no es de un negro de azabache tan luciente como el de la Costa de Oro, y lo es aun menos que en el Senegal y en el Gambia. Pero son mucho mas trabajadores ó industriosos que todos estos, sin ser por eso mas ignorantes. Entienden perfectamente el comercio y saben explotarlo. La moneda corriente en todos los mercados es el oro en polvos ó una especie de cascarillas como entre los kauris.

El estremo á que estos pueblos llevan la política escede á cuanto hemos dicho de las ceremonias chinas. Desde que un negro divisa á otro, en quien reconoce superioridad, se hinca de rodillas, besa tres veces la tierra, bate las palmas y da los buenos dias á la persona en cuestion. El superior por su parte, sin cambiar de postura, le da una respuesta de agradecimiento, y toca sus manos con las del otro blandamente. Los niños no son menos respetuosos con sus padres, ni las mugeres con sus maridos, pues cuando les están hablando, se tapan la boca con la mano para no incomodarles con el aliento. Dos personas de igual condicion que se encuentran, principian por hincarse de rodillas y darse las manos mutuamente, despues de lo cual se saludan haciendo votos por la felicidad y salud de ambos. Esta política enfadosa y molesta se ha simplificado un poco actualmente por el comercio de los europeos y la conquista del Dahomey.

Los negros en esta costa son muy religiosos, se les ve llenos de ídolos, de los cuales suelen cargar hasta sus perros y ovejas. Todos los rincones de sus casas están adornados de figuras de hombres, que fabrican con tierra blanca ó con madera, y que pintan de variados colores. Tienen tambien la idea de un dios creador, aunque no entra casi por nada en sus supersticiones. El objeto principal de su adoracion y de sus ofrendas es una especie de serpiente, casi como un brazo, que no hace daño á nadie y que se pelea ardentemente con las serpientes venenosas. El fondo de su color es gris, mezclado de rayas amarillas y negras. Un europeo debe guardarse bien de cogerla y matarla. Los ingleses, cuando se establecieron en el reino de Judah, tuvieron de esto una triste experiencia. Unos cuantos que acababan de desembarcar, encontraron en la ribera una serpiente-ídolo, y la mataron, dejándola á sus puertas sin creer que aquello iba á dar ya nada de sí. Pero al dia siguiente vieron los negros este sacrilegio, y sabiendo por confesion misma de los ingleses quiénes eran los autores, no tardaron en difundir nueva tan funesta por toda la gente de su nacion. Los habitantes del canton se reunieron en masa, atacaron la casa de los ingleses, y no dejaron uno solo vivo, entregando al fuego despues cuantos objetos les pertenecian y hasta la cabaña en que vivian.

Los animales culpables del propio crimen no se libertan tampoco del castigo. En 1697, un puerco, que habia sido atormentado por una serpiente, se echó encima de ella y la devoró. Pues bien, los sacerdotes dieron inmediatamente sus quejas al rey, y nadie se atrevió á tomar la defensa de los puercos, que merecieron del príncipe una sentencia que condenaba á muerte á todos los animales de esta especie que se encontrasen en el pais, y la sentencia fué llevada á debido efecto por millares de negros armados de mazas.

Aunque dichas serpientes son incapaces de hacer daño, no dejan, sin embargo, de causar molestia por el exceso de familiaridad á que se acostumbran. En el

rigor de los calores entran á veces cinco ó seis juntas en el interior de las casas, y aun se posesionan de las camas, aunque para evitar esto hay cuidado en todo el país de construir sitios ó templos dedicados á la estancia de las serpientes.

Todo templo de alguna importancia tiene su escuela, donde las sacerdotisas enseñan á los niños á cantar y danzar en público.

SENEGAL.

Desde el momento en que Europa sintió la necesidad de ensanchar su comercio por medio de colonias, el rico país situado entre el Senegal y el Gambia, al cual los nombres reunidos de estos dos ríos han hecho llamar Senegambia, fijó naturalmente la atención de los pueblos navegantes.

Desde el año 1617 poseían los holandeses la isla de Goré, y en 1637, siguiendo las huellas de la Francia, fundó un establecimiento en la embocadura del Senegal. Conquistado dos veces por los ingleses en 1756 y en 1792, dicho establecimiento volvió á entrar en los dominios franceses en 1817, á los cuales ha seguido perteneciendo sin interrupción desde entonces.

La colonia está dividida en dos distritos, el de San Luis y el de Goré. El primero comprende la isla del mismo nombre, otras tres islas de poca importancia, el pueblecillo de Guent'dar en la margen derecha del Senegal, una parte del país de Onalo y cuatro escalas ó puntos de mercado, adonde los indígenas y los moros acuden para entregar sus géneros al comercio europeo.

Un viajero, Mr. Perrotet, describe así el cuadro de la escala de Log, una de las más importantes en el momento en que los moros acudían á llevar su goma del bosque de Afatré.

«Estos nómadas, dice, llevan consigo sus tiendas de piel de cabra, de carnero y de camello, gruesamente tejidas, y las plantan sobre las riberas del río, levantando junto una especie de almacenes hechos de rastrojos, para encerrar en ellos la goma y las otras mercancías, dejándolas bajo la custodia de sus esclavos. Estas cabañas, de forma cuadrada, están divididas por dentro en tres ó cuatro habitaciones, y la entrada es un agujero de un metro de altura y otro de latitud. Algunas están habitadas por herreros ó cordones de la misma raza, que durante el tiempo del mercado fabrican diversos objetos, los cuales venden á los traficantes. Delante de este campo de moros y sobre el ribazo del río están colocados los almacenes de los habitantes de San Luis, que vienen á ser cobertizos de paja, bajo los cuales se construyen y reparan las embarcaciones que sirven á los mercaderes de comunicación con sus buques.»

El otro distrito encierra, además de la isla de Goré, cuya capital cuenta 3,000 habitantes, todos los establecimientos esparcidos por la costa desde la bahía de Yof hasta la factoría de Albrede.

San Luis es una ciudad bastante bonita, en la cual se encuentran edificios principales, como la casa del gobernador, los cuarteles, el hospital y la iglesia. Hay aquí dos escuelas gratuitas, una sociedad de agricultura y cerca de 6,000 habitantes. El distrito entero contiene hoy 13,000. La isla de Goré con la ciudad tiene 5,900. Las importaciones de la colonia subieron en 1836 á 6.960,000 francos, y las exporta-

ciones á 4.500,000 francos. El movimiento total del comercio fué por consiguiente de 11.100,000 francos.

Añadiremos sobre lo espuesto algunas ideas generales acerca de las costumbres de los indios del Senegal.

En Europa se ha formado generalmente una idea muy inexacta de los indios, sin tener en cuenta lo pasado para lo más mínimo. Atribúyese al fondo de su carácter lo que la mayor parte de las veces ha sido únicamente efecto de represalias, y se olvida que la barbarie con que fueron tratados, cuando el descubrimiento de América y con posterioridad, ha hecho que su venganza sea con frecuencia sangrienta y terrible. En nuestro concepto, no se comprenden ni se aplican más que por lo pasado. Lo que se mira en ellos como perfidia y crueldad, no es en su esencia más que el fruto de los recuerdos de las crueldades ejercidas contra ellos mismos. Estos recuerdos han concluido por formar parte de su sangre.

El indio es naturalmente tímido, desconfiado y astuto. Obligado á estar siempre en guardia y en un estado de defensa contra los nuevos huéspedes que no cesaban de atacarle como enemigos, y que siendo el hombre libre de las selvas, le llevaban la esclavitud y la muerte, se vió obligado á oponer la destreza á la fuerza, y algunas veces la desesperación á la violencia. Mas cuando las circunstancias estiores no le apremian á salir de su carácter primitivo, se encuentra en él dulzura y buena fé: es realmente el hijo de la naturaleza. Sin embargo, no puede menos de convivir en que ha perdido algo de su primitiva sencillez. Los europeos le han hecho conocer nuevas necesidades, y escitado en él gustos que antes le eran desconocidos. Bastábale lo necesario en sus bosques, cuya riqueza proveía ámpliamente á sus deseos, y poco á poco lo supérfluo ha llegado á ser para él indispensable. Los vicios de las naciones civilizadas se han reunido á los de los pueblos salvajes. Estos dos elementos de destrucción moral han contribuido casi tanto como la opresión á bastardear su naturaleza primitiva, tan franca y tan generosa. Así es que los indios, en otro tiempo tan numerosos y temibles, desaparecerán por grados, y concluirán por no formar más que un cuerpo de nación con los colonos. Esta fusión será sin duda lenta, pero me parece infalible, porque es producto de la fuerza misma de las cosas; es decir, que pertenece á la industria, al comercio y la civilización. Los indios ó caribes que habitan en Surinam y países circunvecinos, son por lo general bien formados y proporcionados, sanos, fuertes, vigorosos, no presentan defectos corporales, excepto en casos de accidentes, es muy raro encontrar entre ellos corcobados ni cojos. Su color es por lo general atezado un poco cobrizo; sin embargo, al tiempo de nacer son tan blancos como los europeos; pero aquella blancura desaparece al cabo de algunos días, para ser reemplazada por la tez cobrizo que es natural á su raza. Por lo común hay entre los indios de las diversas tribus una grande conformidad de facciones.

Los hombres son generalmente de carácter bondadoso, y puede obtenerse todo de ellos con la dulzura, caricias, y sobre todo, bebidas fuertes: pero su embriaguez es casi tan temible como su cólera. Son crueles en sus excesos como lo son en sus venganzas. Las facciones de su rostro son bastante agradables, y esto se observa principalmente en los jóvenes, aunque se descubre en ellas cierto fondo de melancolía, que

proviene del embrutecimiento y del exceso de bebidas fuertes á que se entregan con un ardor casi increíble.

Tienen la frente aplanada y hundida, los ojos negros y pequeños y los dientes muy hermosos, los cuales conservan hasta una edad avanzada. Jamás se ven atacados de esos males de boca tan comunes en Europa. Sus cabellos cortos y negros no se encanecen hasta la vejez. Pintanse generalmente el rostro con rayas negras y encarnadas: las primeras con jugo de jnipaba y las segundas con achiote. Su color favorito, como el de todos los pueblos salvajes, es el encarnado. Fróntanse con él los cabellos, la cabeza, el cuello, los hombros, y algunas veces otras partes del cuer-

recuencia de madera ó de un hueso de alguno de sus enemigos; muchas veces no se adornan de este modo mas que una oreja.

En la cabeza llevan una especie de gorros formados con plumas; otras veces se contentan con plumas de varios colores; por último, algunos se rodean á la cabeza un pedazo de piel de tigre; pero la mayor parte no llevan nada.

El modo de vestirse los indios es muy sencillo, y por mejor decir, no llevan ningun vestido. Cuando se les habla de su desnudez y se aparenta reprendérsela, contestan, que habiendo venido desnudos al mundo, es una locura el contrariar la voluntad de la natura-



Indios del Senegal y su gefe.

po. Mirándolos á cierta distancia, se creeria que estaban llenos de heridas: muchos se los aplican tambien hasta la mitad de las piernas, lo cual hace el efecto de unos boreceguies.

La naturaleza los ha hecho barbilampiños; pero en cuanto les asoma el bozo, se le arrancan con una especie de pinzas hechas con conchas.

Hay mugeres que para adornarse se agujerean el labio inferior, y atraviesan por él una espina ó un hueso y hasta un pedacito de madera, del cual cuelgan unas cuentecitas de vidrio. Otras se agujerean la nariz y cuelgan en ella una chapita de oro, plata ó cobre, que les cae sobre los labios. Los indios me han asegurado que en su pais se encuentra plata. Los hombres se sirven de este metal para adornarse los oidos: horádanse las orejas, ó introducen en ellas poco á poco y por intervalos pedazos de plata de dos ó tres pulgadas de largo. Sin embargo, suelen usar con mas

leza, y cubrir lo que ella ha dejado descubierto.

Esto nos recuerda la respuesta de un gefe indio que habian vestido á la europea y que hicieron prisionero los españoles. Preguntándole el general quién era,

—Haz que me quiten este vestido, dijo el indio, para que yo me reconozca.

Los hombres llevan atada á las caderas una cuerda ó correa de color oscuro, y muchas veces encarnada, que les sirve para colocar el cuchillo. Sobre las piernas les cae un pedazo de tela de algodón encarnada ó azul, de media vara de ancho y de cuatro ó cinco de largo. La pasan por entre los muslos, y las dos estremidades, que dejan colgar una por delante y otra por detras, ondean á merced del viento, y algunas veces suelen colocárselas por encima de los hombros.

Nada hay tan ridiculo como ver llegar al fuerte de

los europeos ó á casa de cualquier autoridad de la colonia un gete ó capitán indio, con un casacon galoneado, sin camisa ni calzones, un sombrero redondo con galon, y en la mano un baston semejante al que usan los tambores mayores. Toda la tribu les sigue á

res dimensiones. Los niños los hacen para jugar y adiestrarse en su manejo; su longitud es de unas 18 pulgadas, y regularmente son de junco. Las flechas tienen de tres á tres pies y medio de largo y son de junco ó madera de palmera. A unas seis pulgadas de



Indios del Senegal.

cierta distancia, y las mugeres y niños cierran la marcha.

El gefe es ordinariamente un anciano, y el guerrero mas hábil de la tribu; se hace obedecer con una seña, y sus palabras las miran todos los suyos como oráculos.

Sus armas son arcos, que tienen por lo comun de cinco á seis pies de longitud y de una madera llamada *eterhouc*: sin embargo, los hay tambien de menor

Viage ilustrado.

su estrechidad las adornan con plumas de papagayo; las puntas de hierro ó de espinas de pescado están trabajadas con mucho arte. Otras flechas les sirven para tirar al pescado cuando no está mas que á dos ó tres pies de profundidad debajo del agua. Las que usan contra sus enemigos están envenenadas con el zumo del árbol llamado manzanillo.

Los indios se sirven tambien de lanzas ó picas, que manejan con extraordinaria destreza. Hacen cer-

batanas con juncos de nueve á diez pies de largo; la flechilla delgada que colocan en una de sus estremidades está envuelta en algodón; la arrojan de este modo á la distancia de 130 pasos, con solo el impulso de su soplo, y con bastante fuerza para matar animales pequeños, pájaros ó cuadrúpedos.

Tienen además diferentes especies de mazas hechas con una madera dura y negra; unas son redondas y de dos ó tres pies de largo, otras son planas, casi en forma de sables, y su estremidad se halla adornada con plumas. Las hacen tambien cuadradas y con solo un pie ó pie y medio de longitud.

Todas estas armas, como las hondas y cuchillos de caza, son muy mortíferas en sus manos, sobre todo en los momentos de cólera ó en sus combates.

Hasta la llegada de los europeos, los indios no han conocido el uso del fusil, del sable y del hacha. Manejan el primero como los negros, apoyando la culata en la cadera derecha.

Las mugeres indias son generalmente mas pequeñas que los hombres, pero muy bien formadas, especialmente las jóvenes, que suelen estar ya un poco gruesas. Tienen la voz y el carácter dulce, la cara redonda, la frente llana, los dientes en extremo blancos, la boca pequeña y los ojos negros; los cabellos son del mismo color y muy largos. Forman con ellos una trenza y se los atan por detrás con una especie de broche; algunas veces los llevan tambien como las chinas. Se ponen en las orejas unas planchitas de plata, que llaman *oupellets*. Algunas veces llevan tambien chapitas pendientes de la nariz como los hombres, ó espigas muy gruesas con que se agujerean el labio inferior. En el cuello se ponen collares de vidrio ó de coral, á los que suelen añadir dientes de animales ó los de un enemigo vencido por su marido. En los brazos y por encima del codo colocan tiras de una tela blanca en forma de brazaletes. Las mugeres que habitan en la parte alta del país, llevan desde su infancia un tejido de cuerdecitas en la parte inferior y superior de la pierna; se le aprietan mucho para tener buena pantorrilla y la pierna bien hecha. Son muy coquetas y las agradan mucho las palabras *mooi* y *krien* (hermosa y bonita). Únicamente incomoda el que para parecer bellas se pintan con achiote la cara y otras partes del cuerpo.

Las indias llevan generalmente ceñida á los riñones una especie de faja de tela, á que unen un pedazo de otra encarnada ó azul oscuro casi negro y teñida con el jugo del janipaba. En ciertas tribus vecinas las hay que usan una camiseta adornada con listas de diferentes colores: otras visten un *chony*, especie de bata sin mangas. Las que usan este traje son principalmente las que habitan hácia el Perú ó en las orillas del rio de las Amazonas. Las llaman *arouacas*.

Una aldea india se compone por lo comun de treinta individuos, tanto hombres como mugeres, y están sujetos á un gefe ó capitán llamado en su lengua *granman*. Construyen sus casas ó cabañas de una manera muy económica: se componen de algunos pies de madera ahorquillados y clavados en la tierra. El techo está cubierto con ramas y hojas de palmera, sobre las cuales colocan otras hojas de junco y de bananos, tan bien unidas, que el agua no las puede penetrar. Estas cabañas no tienen ni puertas ni ventanas: su espacio es proporcionado al número de individuos que deben habitarlas.

Los indios, por lo general, no tienen residencia

fija: tan pronto habitan en los bosques, las costas ó las orillas de los rios, como en las plantaciones. Cuando tratan de mudar de domicilio eligen un sitio, y todos trabajan en allanarle para construir en él sus cabañas. Hecho esto, preparan alrededor el terreno necesario para el cultivo, y siembran en él yuca, bananos y maiz ó trigo de Turquía, pero jamás sino lo que absolutamente les es indispensable para su consumo, porque no conocen ninguna necesidad mas que las que realmente lo son para la vida.

«Un día, dice un viajero, fuí á visitar una aldea con un francés llamado Mr. Noble de Noribo, y mientras mi compañero cazaba, me puse á dibujar. La presencia de una jóven india llamó fuertemente mi atención, y traté de reproducir su retrato en mi cartera: en cuanto me descubrió, se acercó á mí. Entonces la ofrecí un collar de perlas, que miró con cierta indiferencia y que no quiso admitir; porque en aquella nacion ninguna jóven puede aceptar regalo alguno, por insignificante que sea, sino del hombre que desea tener por marido. Me preguntó si tenia muger é hijos, y la contesté que no. Al oír aquella negativa, que pareció extrañarla mucho, fué á buscar un anciano que estaba allí inmediato, y volvió con él y otras muchas mugeres y niños, para ver lo que yo hacia: el anciano me alargó francamente la mano y me abrazó. Le enseñé mis dibujos; pero cuando vió entre ellos el retrato de un indio de una tribu enemiga suya, sus facciones se alteraron de repente, y con ademán irritado pronunció estas palabras: *malvado esclavo*. Para calmar la cólera del viejo, dí yo mismo golpes sobre el dibujo, repitiendo *malvado esclavo*, y al momento recobró su semblante la serenidad. Distribuí algunos collares, que fueron recibidos con indiferencia, y continué retratando á la jóven india, que se prestó á permanecer enfrente de mí con la mayor complacencia. Les dí un poco de licor, que bebieron á mi salud: la jóven india me trajo un pedazo de pan de cazabé, y despues de estrecharla cordialmente la mano, marché á otra aldea. A pesar de la desconfianza tan natural que se observa en estos pueblos, poseen una finura de instinto tan increíble, que les hace adivinar las intenciones de los que van á visitarlos. Cuando ven que os presentais entre ellos sin espíritu de hostilidad ó de espionage, podeis estar seguro de recibir siempre la mas franca hospitalidad y la acogida mas fraternal.»

La caza y la pesca son una de las ocupaciones de los indios. Cuando van á ella, sus mugeres tienen que seguirles cargadas con las provisiones necesarias: además tienen que ir á recoger los animales que matan los cazadores y llevarlos á la cabaña. Un viajero vió un día á una jóven é interesante india, que volvia de caza con su marido; este no llevaba mas que su arco y sus flechas, mientras que la muger marchaba detrás de él, encorvada con el peso de un grande haz de bananos, de un niño á que daba el pecho y de una calabaza llena de agua ú otro líquido: además llevaba en el brazo una cesta con caza ó pescado.

Quando los indios van á la pesca, se sirven de canoas ó piraguas de nueve á diez pies de largo y cuatro de ancho. Estas embarcaciones se componen de una sola pieza y consisten en un tronco de árbol ahuecado. Sus grandes piraguas se componen por lo regular de nueve tablas atadas con cuerdas con sumo arte: algunas tienen de 20 á 30 pies de largo, y unas velas cuadradas: las usan para sus escursiones por mar, ya con remo, ya con vela. Constantemente conservan en

ellas fuego, y las mugeres son las encargadas de él.

Cuando vuelven los indios de la caza ó de la pesca, no procuran mas que el reposo, que forma su principal delicia, y se echan en sus hamacas ó en el suelo; mientras que las mugeres, que están muy distantes de ser tan perezosas como los hombres, y sobre las que pesan todas las faenas, por decirlo así, domésticas, se ocupan en preparar la comida.

El principal alimento de estos pueblos consiste en caza, pescado fresco ó ahumado, langostas de mar, tortugas, patatas, maiz y cazabe, de que hacen pan y una bebida. Su modo de guisar es muy sencillo y natural: las especias, tan nocivas en Europa, les son desconocidas. La carne y el pescado la cuecen ó le asan; para esto último se sirven de tres ó cuatro pedazos de madera, con los cuales forman una especie de parrillas que colocan sobre las ascuas, á una altura de cerca de dos pies. La carne se va secando poco á poco, y adquiere un sabor á humo que no les desagrade ni incomoda. Rara vez usan sal, pero por otra parte hacen gran consumo de guindillas.

La cabaña de un indio no tiene mas muebles que los absolutamente necesarios, el principal es una hamaca de cinco á seis pies de largo por diez ó doce de ancho, cuyas dos estremidades están fijas por mas de cincuenta bramantes, y una cuerda muy larga á cada punta para colgarla, ó bien á dos de los postes que sostienen la cabaña ó á algunos árboles en el bosque.

Ordinariamente, y con particularidad en las selvas, las mugeres están encargadas de mantener continuamente debajo de las hamacas fuego, con el doble objeto de ahuyentar las fieras, y hacer que desaparezcan los mosquitos y otros insectos que pudieran incomodar. Sus utensilios de cocina consisten en calabazas, cazuelas y platos que fabrican las mugeres: para esto se sirven de la ceniza de un árbol llamado en el pais *kivepie*: la pulverizan todavia mas en un mortero de madera, la pasan por tamiz, la dan en seguida la forma, la ponen al aire, la colocan en el horno y luego la barnizan. Hacen piezas que pueden contener hasta cinco ó seis azumbres, y el agua se conserva allí tan fresca como si saliese de una nevera.

Las mugeres hacen tambien una gran cantidad de cestas para guardar todos los chismes de cocina. En los postes ó pies derechos que sostienen la cabaña se ven colgados arcos, flechas, fusiles, hachas y picas.

Los instrumentos músicos de los indios consisten principalmente en flautas, en una especie de trompetas y en tamboriles hechos de un tronco de árbol serrado, agujereado y con una piel de tigre en la estremidad.

No conocen el uso de las sillas; sin embargo, algunas veces se sientan en un pedazo de madera cuadrado para comer y beber, pero con mas frecuencia se tienden boca abajo apoyados en los codos. Colocan su calabaza delante de ellos y comen con los dedos, hacen sus comidas solos, y en cuanto concluyen, van á tenderse en su hamaca, y entonces se ponen á comer sus mugeres é hijos. No tienen hora fija para comer, y solo lo hacen cuando sienten el hambre.

Su diversion habitual consiste en una danza que llaman *chaoin*, y que ofrece mas bien el espectáculo de la embriaguez y del delirio, que de un verdadero baile. Es imposible imaginarse cosa mas desordenada y mas salvaje. Los movimientos son los mas bruscos y vivos, y las contorsiones las mas fuertes y animadas que pueden concebirse. Creerías que aquellos cuerpos

Viage ilustrado.

iban á romperse, que los miembros se dislocaban y los músculos iban á saltar como una cuerda en las actitudes violentas y forzadas que toman alternativamente. Cuesta mucho trabajo seguirlos con la vista y enterarse de las diversas posturas que presentan. Esta danza frenética tiene para ellos tan grande atractivo, que siempre que les es posible se entregan á ella: cualquier cosa les sirve de pretexto para el *chaoin*. Los bailarines comienzan agarrándose por parejas: se bañan y levantan alternativamente con la mayor rapidez: dan vueltas, se dirigen á la derecha, á la izquierda, se juntan y se separan. Muchas veces no puede comprenderse como la estructura anatómica se presta á unos movimientos tan violentos. Los hombres se dan la mano, y formando círculo, colocan á las mugeres en medio, y giran en derredor suyo como un remolino. Este tumulto, que siempre va acompañado de cánticos y palabras sin enlace ni medida, dura algunas veces noches y dias enteros. Con frecuencia suele interrumpirse de repente, para prestar atención á un narrador que refiere la historia de la vida y hazañas de los antepasados de la tribu, ó bien su historia propia, rasgos de su familia ó cosas relativas á sus disensiones personales. Hace la enumeracion de los cráneos rotos, los enemigos postrados á sus pies y las encarnizadas luchas que habia sostenido. Los dramas mas sangrientos, las escenas mas terribles tienen allí su historiador. Despues se entregan á todo género de locuras: el orador dice cuanto le viene á las mientes y cree puede contribuir á aumentar el placer de la fiesta y el regocijo de los concurrentes.

A todo aquel ruido se une el de muchos instrumentos, que se asemejan á flautas y que están hechos con un pedazo de junco con uno ó mas agujeros, en el cual soplan con mas ó menos fuerza: esta música es acompañada á intervalos por un tambor y el agudo sonido de una especie de trompeta, hecha con un junco de cinco á seis pies de largo, con un remate de asta de buey.

Toda aquella especie de cantares, gritos é instrumentos forma un conjunto que nada tiene de alegre y que se aviene bastante bien con la figura y el aire de los bailarines.

Con frecuencia se paran en medio de esta danza y de sus estrepitosas exclamaciones, para beber chica que les sirven las mugeres. Los que la embriaguez ha dejado caer, y los que apenas pueden moverse, no dejan por eso completamente la fiesta, porque despues de haber dormido en el suelo y en cualquier sitio, limpio ó sucio, que encuentran al paso, vuelven á ocupar su puesto en el baile y le comienzan con nuevo furor.

En estas especies de encuentros es donde se renuevan las disputas y procuran vengarse de sus enemigos. En fin, es raro que aquellas diversiones concluyan sin luchas sangrientas y mortíferas.

La juventud de ambos sexos es igualmente aficionada á una especie de danza mucho mas apacible. Los bailarines, tanto hombres como mugeres, se pintan el cuerpo de color encarnado, y llevan en la cabeza y en el cuerpo adornos de plumas de varias aves de colores brillantes.

Este baile se llama la *danza de los pájaros*. He aquí cómo dan principio los bailarines á esta diversion, que no carece de originalidad y de accidentes muchas veces estraños. Los hombres van primero á ocultarse en los bosques ó detrás de los árboles. En